

## **Trayectorias encarnadas: movilizaciones por la emancipación y el retorno al cuerpo-territorio.**

Ligia Gallardo Faúndez - Belén Tapia de la Fuente

*A las niñas que fuimos, que con sus cuerpos ágiles y curiosos exploraron las primeras rutas de rebeldía y emancipación.*

*A la tierra, territorio atávico que nos devuelve la calma y nos enseña sobre el cuidado y la transformación.*

*A las compañeras que nos compartieron fotos y semblanzas de sus trayectorias encarnadas, mujeres poderosas, tramas que sostienen el tejido del que todas somos parte.*



Decidimos migrar, movernos, cambiar de lugar, de territorio, de piel, retornar a nosotras mismas. Con sorpresa nos dimos cuenta que nuestros movimientos tenían intenciones comunes: la emancipación. Nos sorprendimos riéndonos de las coincidencias de nuestros tránsitos, de los duelos, las incertidumbres, las nuevas maneras de habitar y los deseos que nos llevaron de un lugar a otro. Nos conmovimos observando las experiencias de otras compañeras, las invitamos a compartir sus trayectorias y la emancipación nuevamente se hizo presente. Exploramos los desplazamientos de nuestras ancestras, sus recorridos y desarraigos y reconocimos que muchas de sus migraciones fueron forzadas, motivadas por el conflicto, la persecución y muchas veces el silencio.

La invitación de este relato es sencilla: queremos volver a mirar nuestros intentos de emancipación, reconocer los impulsos, los movimientos y las acciones que nos permitieron volver a habitarlos para no volverlas nunca más al silencio. Nos situamos en nuestras propias experiencias, en nuestros cuerpos-territorios, en nuestros malestares encarnados e incomodidades, también nuestras alegrías y placeres. Relevamos nuestros gestos de autoobservación, por medio de los que decidimos explorar el dolor, transitarlo y comprenderlo desde un lugar que se sienta más “propio” y que nos entregue pistas. Escribimos en primera persona para reconocer que nuestras trayectorias de búsquedas han sido motivadas por el deseo profundo de encontrar respuestas y nuevos destinos, lugares más tranquilos, nuevos espacios y formas de habitar. Escribimos como terapeutas feministas, reconociendo que en el ejercicio de acompañar a otras mujeres nos hemos convertido en testigas y cómplices de sus movimientos, tránsitos, cambios, desobediencias, que las devuelven a su propia raíz, a sus pies, a sus genealogías y les han permitido *desobedecer para sanar*.

Consideramos que dejar registro de las trayectorias de emancipación de las mujeres es un tema relevante para la terapia feminista porque reconocemos experiencias comunes de movimiento, deseos de libertad y búsquedas de un nuevo lugar para ser y estar; porque mirar las migraciones de nuestras ancestras nos permite observar la genealogía de movimientos que nos habitan, y de esta manera crear nuevos sentidos a nuestras propias migraciones; porque expresarnos desde nuestras experiencias es un gesto político que nos permite historizar sobre los saberes encarnados; y porque

escribir sobre un territorio que se siente y se vive propio, reafirma un lugar en el cual deseamos construirnos, como un acto de profunda autodeterminación, desobediencia y autonomía.

El recorrido del relato está acompañado por fotografías y semblanzas de amigas y compañeras, mujeres que al igual que nosotras han mirado sus incomodidades y dolores para transitar a nuevas maneras de habitar y habitarse. Cada una de ellas fue invitada a este texto para avanzar hacia una escritura polifónica, a la que se suman las palabras de escritoras y poetas que antes de nosotras dejaron registro de búsquedas similares.

El relato está compuesto por 3 momentos: el primero es el “**Reconocimiento**”, en el que miraremos los malestares del cuerpo, de la experiencia encarnada, el reconocerse doliente, incómoda, desarraigada, desituada. El segundo es el “**Movimiento**”, en el que se hacen presentes los gestos del soltar, del duelo, del desprendimiento, de abrir las alas, enfrentar, comenzar el recorrido, emprender el vuelo, los deseos de autonomía y búsqueda. El tercero es “**Estar en un nuevo lugar**”, donde nos preguntamos ¿Qué hay en este tercer tiempo?, ¿Qué búsquedas nuevas puedo hacer desde este nuevo territorio?, ¿Qué posibilidades tiene el estar en un lugar elegido?, en ello nos vamos encontrando con nuevos espacios de escucha de memoria corporal, de saberes que siempre han estado con y en nosotras, de nuestras ancestras, madres, abuelas; y la posibilidad/necesidad de mirarlas desde el presente.

Iniciamos este nuevo viaje, el que, para ambas, Ligia y Belén, fue “volver a hacer la mochila”, pero hoy acompañada de nuevas palabras elegidas. En nuestro escrito no viajamos solas, vamos con otras que comparten trozos de sus espacios, rincones y sentidos.

“Soy Carolina Sisabel chilena, criada en una playa semi abandonada y silenciosa de Concón. Soy madre, arquitecta, Máster en Psicoanálisis, migrante. Actualmente vivo en Madrid y me dedico todo el tiempo que puedo a la escritura.”



Todo inicia en el “retorno”, pareciera que la imposición histórica de un no lugar para nosotras, nos lleva de por sí -incluso intuitivamente- a mirar aquello que siempre hemos tenido y, pero nos han dicho que no nos pertenece: **el propio cuerpo**. Un llamado a poner atención a este primer lugar que comienza a reaccionar frente a la incomodidad, nos arrastra a la escucha interna -a veces siquiera voluntaria- de que algo hay que quebrar. Esta incomodidad toma forma de malestar y se manifiesta a través de un dolor emocional o físico, de una enfermedad, una sensación de sinsentido, de agotamiento, de estancamiento, aburrimiento o simplemente el deseo de “no estar más aquí”. Una vez que aparece el cuestionamiento encarnado, es imposible obviarlos si la sospecha feminista tiñó las maneras en la que nos pensamos a la hora de construir desde lenguajes distintos nuestra propia existencia.

El deseo de salir de un lugar puede confundirse con la idea de “no estar más”, ya que el sistema cultural patriarcal siempre buscará maneras de privarnos del propio cuerpo, de fragmentarnos, mostrándonos como único escape abandonarnos ante el dolor, obviarlo e incluso dar paso a la idea de no existir/no desear *esta* vida, lo que sin duda es lo óptimo para tal modelo de muerte y violencia. Es desde esa trampa patriarcal donde dejamos de intentar.

*Fueron muchas las veces en que estuve contra mi propio cuerpo y la única salida era la tormentosa idea de no vivir. Sin embargo, el deseo de “No estar” bajo las luces feministas me permitieron distinguir con precisión el lugar del que quería salir, y no era mi cuerpo, no era mi vida. Si el cuerpo entrega esta valiosa información, al escucharlo nos volvemos atentas y curiosas de este canal, estoy en mi cuerpo, le valido y ¡cuánta vida hay en ello! (Ligia)*

## 1. Reconocimiento

Distinguimos que no queremos estar en un lugar, en una situación, en un estado, en una relación, en el silencio; el cuerpo escuchado y reafirmado nos rescata, y como menciona Margarita Pisano: **“el cuerpo como primer instrumento para tocar la vida”**, porque en el cuerpo sí deseamos estar, y se vuelve un primer espacio, al cual honrar y cuidar. En un acto de autorización a una misma, nos sacudimos los relatos plagados de intervención externa para preguntarnos y atender a aquello que se siente, que nos pasa y nos lleva a nuevos incómodos cuestionamientos para llegar a la pregunta sobre el lugar físico donde estamos en el presente. El cuestionamiento del *estar* se redirige, y deseosas de cambios, cambiamos los deseos. Nos desprendemos, y con ello la condición para liberarse y conectarse consigo mismas (Pisano, 1995).

*“A mí me pasó haciendo ejercicio: sudando la gota gorda, elongando, saltando, levantando el pie a la altura de la cabeza, curvando la espalda como gato erizado, haciendo la voltereta, y en ese cambiar el eje de cuerpo, sin querer, conecté con una sintonía más fluida, con mi experiencia sensitiva, sensible, somática, material. Toda la vida habitando el cuerpo desde un lugar, el lugar de la fragilidad, para luego sentir el cuerpo poderoso, fuerte, expandido, sin miedo. Ese nuevo lugar me vinculó fuertemente con la incomodidad y se tradujo rápidamente en el deseo de movimiento y transformación.” (Belén)*

“Soy Andrea Núñez, tengo 40 años me nombro lesbiana, percussionista y gorda, éstas son mis luchas frente a este sistema. Soy del norte de Chile específicamente del desierto del Tamarugal y me dedico a la investigación afrodescendiente en Abya Yala a través de la percusión.”



Al escuchar y “darme cuenta que tengo un cuerpo”, aparece la pregunta sobre ¿dónde deseo estar?, reconociendo en ello la necesidad y urgencia de movilizar, reacomodar, salir, viajar, buscar un nuevo lugar para aplacar el dolor, un lugar elegido para seguir en actuancia y coherencia en la escucha a sí mismas. Aparece la pregunta: *¿De verdad quiero estar aquí?* como si un pulso nómade nos entregase luces cuando de buscar se trata. Creativas barajamos opciones, porque lo dictamos: hay que moverse incluso de territorio... ¿Y cómo no partir de este punto? como mestizas, nietas de campesinas, de costureras, como champurria, como niñas y mujeres despojadas de la historia de aquellas que dejaron camino, que se fueron. Pareciera ser que el deseo es pulsado desde la necesidad de búsqueda de nueva tierra, **nueva tierra donde ser nueva.**

*“Retornar al sur siempre fue eso, un retorno. Escuché muchas veces decir a mi madre lo mucho que extrañaba el verde cuando estábamos allá en el norte, la emoción que sentía porque había brotado alguna que otra planta; o cómo durante el año ahorrábamos para en algún momento poder hacer el viaje de 30 horas en bus, para venir a ver a sus hermanas, mis tías y a mi abuela.*

*Recuerdo claramente cómo jardineaba al tiempo que contaba la historia de alguna flor “¡parecida a ésta tenía una la Mamita Emelina!” decía. Yo la escuchaba, la miraba atenta, me gustaba estar ahí- Implícitamente aperturaba en mi imaginario ese otro lugar donde florecen cosas”. Con el tiempo y al presente toda esa información toma sentido. Esa escucha silenciosa mientras acompañaba a mi mamá, me ha dado muchas pistas para seguir rehabilitando este territorio que siento hogar, nuevamente desde la escucha, la contemplación, el silencio y la sorpresa, hacia afuera, hacia otras, hacia mí misma”. (Ligia)*



“Camila, mujer, hermana e hija del Linares rural. Habité en el Maule sur hasta los 18 y me mudé a Santiago a realizar mis estudios superiores. Estudié periodismo, profesión a la que me dedico desde la comunicación organizacional, y que me he permitido deambular nómade por varios países de América y Europa. Aún ansiosa por conocer más, me mudaré a Canadá en 2024.”

En la atenta escucha interna, nos percatamos de las perturbaciones e intervenciones patriarcales. Pisano (1995) señala que, la relación que pareciera ser más obvia, por obvia precisamente está sumergida e invisible, porque la cultura patriarcal interfiere y deja en un segundo plano este espacio de primer encuentro. Porque “una se va descubriendo cuando se plantea la búsqueda de la libertad, del equilibrio y la armonía. Es en esta relación con nosotras mismas donde tomamos conciencia y nos conectamos con todas nuestras capacidades y potencialidades” (Pisano, 1995). Lo anterior tensiona un primer punto contra el modelo patriarcal: la dependencia y el miedo a la soledad; si nos sentimos capaces podemos enfrentar el temor a estar solas y transitar a nuevos lugares nos pone

en el desafío de integrar la soledad, una soledad cargada de simbolismos negativos y de autocomplacencia. Irse de un lugar, quiebra estos temores patriarcales, con ello, nos enfrenta a sí mismas, desafiando a reconocernos en un escenario geográficamente nuevo: una nueva ciudad, un nuevo trayecto, una nueva casa, un nuevo país. Como hoja en blanco vamos descubriendo curiosas nuevos aspectos de sí mismas, convirtiéndonos en mujeres más agentes al tiempo que nos volvemos *“investigadoras activas e introspectivas de sí mismas”* (Mundanas, 2023).

Otra ruptura es la del silencio, o los silencios con los que cargamos. Tomándonos de la invitación de Audre Lorde (1984), en su texto *“La transformación del silencio en lenguaje y en acción”*, nos adentramos en búsquedas de nuevas maneras de nombrarnos. La palabra se transforma en el camino que nos vamos construyendo para andar, poco a poco van tomando lugar las acciones, el reconocimiento de un dolor que ahora tiene lugar (el cuerpo) y que toma importancia - tomamos importancia - nos volvemos urgencia, prioridad y somos lo importante, hay un cuerpo que es atendido, validado y escuchado - que descansa, que respira, que se siente, que se encarna -.

*“Aquí ha sido donde mi visibilidad lésbica se ha planteado como un acto de profunda justicia. Aquello por lo que temí y callé tantas veces en el lugar donde crecí siendo niña y adolescente lesbiana, en esas mismas calles de periferia en las que más de un grito recibí estaban a kilómetros. No es que aquí no esté expuesta a recibirlos, pero algo distinto había en el nombrarme en este lugar... “Hola soy Li, nací aquí, hoy retorné, crecí lejos... y soy lesbiana visible” y aunque me miraran con extrañeza, para mí fue necesario desde un principio poner sobre la mesa mi más hermosa y poderosa declaración”* (Ligia)

Entonces esta acción de movimiento acompañada de la palabra, se construye en coherencia a la necesidad escuchada. Así, la incomodidad que esta vez no tiene otro destino que romperse, tensiona la inmovilidad, la soledad, la dependencia y el silencio al que nos sometían.



*“Soy Lala, artista visual, ceramista, bordadora, activista/feminista/artista. Nací en el litoral argentino, en Paraná junto al río más bello. Nos mudamos a las sierras de Córdoba cuando era beba. Allí en las sierras pasé mi infancia hasta los 10 años. Crecí con mi madre (Ilda y dos hermanas Sandra y Patricia) y un padre que solo estaba 2 días a la semana. A mis 10 nos mudamos a la ciudad de Córdoba, allí habité, sólo que hace 30 años decidí mudarme a los suburbios pegado a las sierras donde aún se respira humo de chimenea en invierno y tierra mojada en verano.”*

## **2.Movimiento**

Luego de tomar conciencia de nuestros deseos encarnados, de aceptar el pulso de transformación, de mirar el dolor y el temor que implica dejar atrás las relaciones, los amores, los caminos

conocidos... asoma el movimiento. Movernos es lo que hacemos cuando sentimos que algo nos desordena, nos enferma, un malestar que no nos permite seguir viviendo; Candela Valle (2015) le llama **movimiento de acomodación**, implica cambiar de posición, soltar la trayectoria conocida y abrirse a nuevas formas, inspiradas por el bienestar, la creatividad, la calma, la dulzura, la comodidad. Un movimiento siempre comienza con un impulso, una intuición, una necesidad de cambio; que alimentado por la imaginación creadora y transformadora deja de aferrarse a lo establecido y se sobrepone al temor del fracaso (Mizrahi, 2003).

*En mi historia, puedo reconocer ese impulso cuando retorno al cuerpo; cuando miro, escucho, percibo y pongo atención a la experiencia encarnada, a su dolor, incomodidad, pudor, sospecha, desconfianza, agotamiento. El cuerpo, cual brújula, me informa una y otra vez cuando es el momento de cambiar, de moverme. La última vez me pasó estando en una relación de pareja, la que poco a poco me comenzó a ahogar. Me molestaba su olor, me incomodaba ser tocada, me agotaban los recorridos conocidos, las frases aprendidas y los gestos caducos. Renuncié a escuchar los alaridos de mi piel, neutralicé toda posibilidad de cambio y me aferré a lo establecido y ganado con tanto esfuerzo. El temor a lo desconocido, al error y al vacío caminaban triunfantes, pero el cuerpo a gritos me rogaba moverme. En ese momento se hizo presente la palabra, llave maestra que dio certeza y soltura a ese nudo tan bien atado. Grite: quiero irme, moverme, quiero volver a mí, volver a habitarme, volver a mirar mi deseo (Belén).*

Moverse implica arriesgarse, ir al hallazgo de lo impensable, aunque no sepamos de qué se trata ni dónde lo encontraremos, pero lo que ha de suceder, no sucederá si no nos arriesgamos a ser, a hacer y amar, lo que somos capaces de ser, hacer y amar, dice Liliana Mizrahi (2003). Al parecer, **moverse es un acto de profundo amor a sí misma**, es escuchar el propio grito, abrazarlo y estar dispuesta a ir al encuentro de lo nuevo, lo desconocido e inimaginable, fundar una ética crítica y desmitificadora, recorrer el largo viaje de una lúcida sospecha que nos conduzca al encuentro del bienestar (Mizrahi, 2003). **El movimiento es el impulso que permite gestionar la búsqueda de bienestar.**



“Soy Ninoska, mujer. Nací en la Ligua, de la región de Valparaíso. Siendo pequeña nos mudamos con mi familia Viña Del Mar. Hace 2 años comencé a trabajar en los bosques del sur, lugar en que siento como mi hogar. Hoy a mis 29 años vivo y trabajo en la patagonia en la región de Aysén, lugar que tiene una parte importante de mi vida. El lugar de la foto es el Parque Nacional Patagonia. Mirador Tompkins, región de Aysén”

Moverse implica hacer un duelo, darle cara a la pérdida, a la ausencia, al abandono. No se trata de vivir un duelo martirizado, si no inspirarnos por su acción transformadora y preguntarnos: ¿qué necesito soltar?, ¿cuáles son las pieles que quiero cambiar?, ¿qué me haría bien deshierbar? ¿Cuáles son los vínculos que quiero resolver? ¿de qué me quiero despedir? ¿de qué me quiero desprender? Hacer el duelo nos enfrenta con el reconocimiento de nuestras falsas seguridades, asumiendo la invitación de controlar y abrirnos a lo desconocido.

Acompañando a otras mujeres por medio de procesos de terapia feminista hemos observado las múltiples formas que hemos encontrado para cambiar de piel, hacer duelos y abrirnos a lo desconocido. Nos hemos conmovido siendo testigas, de cómo a pesar del temor, el deseo de emancipación erupciona como volcán furioso. Acompañar a mujeres en el retorno a sí mismas nos ha mostrado el poder del movimiento y se convirtió en la mejor guía para sortear la incertidumbre y abrirnos a la conquista de nuestra propia autonomía.

Porque moverse es abrirse a la incertidumbre para convertirla en creación constante, imaginar nuevos futuros posibles, mundos nuevos a descubrir, confiar en nuestra potencia creadora y restituir la libertad femenina. Este ejercicio instala una ética de la transformación, que nos moviliza la inercia de lo dado para inventar palabras, crear, recrear, inventar, transformar, probar, ensayar, multiplicar, imaginar, arriesgar nuevas respuestas, nuevos nombres, nuevos códigos, corregir mentiras, no complacer lo absurdo, querer saber más allá de lo que nos conviene saber e instalar un “mientras tanto” provisorio pero generoso y verosímil (Mizrahi, 2003).

Movernos nos permite cambiar de posición, dejar el lugar conocido para transitar a lo desconocido, y en ese proceso de desplazamiento decidir nuevos nombres, ensayar nuevas maneras, más cercanas a la integración de nosotras mismas y de nuestras historias. Trasladarnos nos ayuda a sanar, a ser más honestas, mirar nuestras contradicciones, fortalecer el vínculo con nuestros cuerpos, emociones, sexualidades y territorios. Movernos implica cuidarnos, salir del malestar para encontrar nuevas formas de hacernos justicia.

Luego del movimiento viene el nuevo mundo, ese tercer tiempo que por un lado nos sorprende y se muestra como novedoso, pero que por otro nos resulta tan conocido como propio, tan personal, atávico, ancestral. El tercer tiempo lo hemos llamado “**Habitar un nuevo lugar**” y es lo que presentamos a continuación.

### **3.Habitar el nuevo lugar**

Estar en un lugar decidido es un acto de reafirmación de sí mismas y de nuestra voluntad. Ese lugar apertura nuevas formas de habitar y habitarnos, el lugar elegido pareciera ser una elección justa - entre muchas injusticias-, a veces temerosa, pero con pulso a lo que deseamos. Aun así, llegar a un nuevo lugar abre una compuerta desafiante. No sólo es la motivación, sino todo lo que confluye para hacerlo, incluso las condiciones materiales y económicas. Estar recién llegadas y “solas” puede sentirse vulnerable, no podemos obviar tampoco lo que implica ser mujer desobediente al patriarcado y los riesgos a los que nos arroja esa desobediencia a los que aún conscientes no transamos nuestra libertad y es que, en realidad, “no estábamos adiestradas para la libertad, si no educadas para todo lo contrario, a la dependencia” (Dowling, 2014).

El temor a la soledad no es el mismo cuando se vive desde una vereda sostenida por el deseo de autonomía. La soledad deja de ser el monstruo del cual escapamos, y se transforma en una compañera profunda e intensa que posibilita la introspección para continuar un nuevo viaje hacia una misma. Pisano (1995) nos entrega algunas pistas sobre enfrentar un proceso de conciencia a veces doloroso pero que nos integra en oposición a la fragmentación-perdida de sentido frente a la soledad.

*“Este proceso de conciencia sólo se producirá si entramos en relación con nosotras mismas, con nuestro cuerpo, con nuestra mente, con nuestra alma y con nuestra capacidad de pensar. Si no*

*desarrollamos esta capacidad de toma de conciencia no podremos leernos completas como seres humanas y nunca vamos a querer/poder estar solas” (Pisano, 1995).*

Habitar la autonomía es un acto creativo y cotidiano, no hay espacios en los cuales tengamos donde consultar cómo hacer las cosas “de la mejor manera”, más que las historias de desobediencia de nuestras abuelas o madres, quienes también en más de alguna ocasión contaban sus anécdotas/odiseas sobre cómo había sido llegar a la ciudad desde el campo y las miles de situaciones que enfrentaron, lo cual tiene sentido al cómo nos sentimos habitando estos nuevos territorios desde aspectos como reconocer la ciudad, donde dirigirse en caso de alguna emergencia, cómo me muevo dentro de este nuevo espacio, dónde comprar las verduras, a qué hora pasa la micro... un ejercicio desafiante, el cual cruzado por la curiosidad y el goce en nuestro caso, nos traslada a un gesto de profunda sorpresa y descubrimiento. “*Te acuerdas la primera vez que...*” fue la manera en la que sostuvimos nuestras primeras conversaciones y risas sobre los hitos que han ido configurando nuestros momentos en nuestros territorios-elegidos, sea en Temuco o Longaví, nos es todo sorpresa, nos conectamos al sentirnos niñas que exploran curiosas, en un juego decidido, un juego que tiene nuevas reglas, flexibles y no tramposas con nosotras mismas. También se transitan momentos donde la frustración, el temor y la incertidumbre pueden aparecer.

“Soy Daniela Delgado Meza. Nací en Santiago pero me crecí en los valles de Melipilla en un lugar llamado Mallarauco, he vivido en varias partes, ahora vivo en Loncoyen, en Valdivia región de los Ríos”



*“Nunca olvidaré mi primer invierno aquí, tuve que aprender a abrigarme, a cómo transitar una estación fría, con la pena también encima. Fue una de las pruebas más desafiantes que me puso esta mapu. Ahora sé cómo mantenerme calentita, donde encontrar calor”.* (Ligia)

El desafío de integrar rutinas y ritmos nuevos, conocernos transitando una nueva estación, prepararnos para ese tiempo o las dificultades que pueden aparecer, nos arrastra nuevamente al propósito de sostenerse, entregarse un piso que puede ser también en solitario. Creativamente, se van generando redes, cuidadosas y afines, con quienes se comparte en complicidad la urgencia y necesidad de la propia autonomía. Aun así, quisquillosas desde los lugares que hoy reafirmamos, insistimos en construir redes teniendo en cuenta nuestra individualidad y límites propios, individualidad que se piensa desde lo colectivo-feminista y apoyo mutuo, contraponiéndonos al individualismo neoliberal. De esta manera, Verónica Gago y Raquel Gutiérrez nos recuerdan que “sólo podemos tener voz propia en medio de una trama colaborativa, cooperativa, de sostén recíproco. **Nuestra autonomía es interdependiente.** Y se hace cargo de ello: «estamos para nosotras» y nos tejemos valorando y aprendiendo de las palabras que otras mujeres nos han heredado” (2018, p.14).

Nos interesamos en rescatarnos de esos estados, sin desconocerlos, pero en colaborativa intimidad. No es casualidad que quienes buscamos nuevas territorialidades para estar, construimos redes de afinidades para sostenernos, incluso se generan espacios-refugio para las mujeres y lesbianas en distintos territorios como son Casa Caracola (Ainil), Casa Mundanas (Santiago), Casa Labrys o Morada Vulvada (México), frente a la urgencia de crear refugios de lo íntimo y colectivo, las que creemos son resultado de las estrategias creativas de sobrevivencia que tenemos las mujeres.

Reconocemos en ellas también, en las experiencias comunes, las claves para seguir caminando este sendero de autonomía, y nos esperanza saber en que cada día alguna clave y señal sobre cómo hacerlo aparece: en la memoria de las plantas, en un territorio con historia, en el gusto que nos genera abrir una ventana que nos baña en aire puro, en preparar nuestros inviernos de la manera más cuidada como lo sabían hacer nuestras abuelas. Hay una memoria también en el cuerpo, la cual creemos se vuelve más precisa estando en un lugar como en el que hoy estamos.

Aun así, reconocemos en este proceso de búsqueda, su carácter circular, ires y venires, pero anclando certezas que nos permiten transitar de maneras más seguras, ya que bien, “este estilo nómada, también conocido como «desterritorializador» o «rizomático», es un elemento integrado en el concepto de -devenir» y no un mero aditivo retórico” (Braidotti, 2005 p.21). Trata de situaciones, de acciones concretas por la libertad, aún en movimiento, buscamos no perdernos, **materializamos el deseo de libertad:** en un campo abierto, en el tiempo lento y cuidadoso, en la renuncia a la metrópolis y su cemento, renunciando y acciones que son concretas, para encontrar algo más allá de un *cuarto propio*, queremos un camino propio y con las otras.

## Conclusiones

Por trayectorias encarnadas entendemos todos los movimientos, que, motivados por los deseos expresados en el cuerpo, nos invitan a salir de los lugares conocidos para transitar a nuevos futuros posibles. Los tránsitos de las trayectorias encarnadas se sostienen en el cuerpo-territorio, en tanto brújula, “lugar de la acción colectiva y forma elemental de autogobierno” (Federici, 2018), reconociendo que el movernos de territorio moverá también nuestros modos de ver y de sentir, generando desvíos desprovistos de los parámetros habituales y nuevas formas de existencia.

Hablamos además del “retorno” al cuerpo-territorio, porque resonamos y reverberamos en una experiencia común: nuestros movimientos han implicado un volver, no solo un irse a un nuevo lugar, si no un volver para ir; un ejercicio de memoria que reconoce la genealogía de migraciones presentes en el propio cuerpo y en la historia de nuestras ancestras, para desde ahí mirar hacia adelante. Este retorno implica una ética feminista que releva la experiencia situada y sentipensante de las mujeres y redefine los criterios de nuestras acciones, torciendo el foco patriarcal, el ojo ciclope, para reorientarlo hacia la transformación del malestar.

Este retorno es también una banda de moebius, una tensión, un tambaleo entre el movimiento que presiona a la conservación de las formas en que la vida se materializa y, por el otro lado, un movimiento que la presiona en dirección a la conservación de la vida en su potencia de germinación, poniendo en riesgo las formas vigentes del mundo tal y como lo conocemos (Rolnik, 2019). Esta dimensión del retorno mira hacia atrás para abrir signos de interrogación e instalar un nuevo problema, llamando al deseo a actuar, de tal manera de recobrar un equilibrio vital,

reapropiarse de nuestras pulsiones y guiadas por ella crear nuevas dimensiones de nosotras mismas que están a la altura de la vida, encarnando su potencia de variación transformadora (Rolnik, 2019). Luego de escribir este relato, reconocemos que nos urgía dejar registro de las trayectorias encarnadas, no solo porque son parte de nuestras historias recientes, sino que porque las hemos visto en las mujeres que admiramos y en las que acompañamos en los espacios de terapia feminista, donde hemos sido testigas en primera persona de cómo los movimientos han producido emancipación. Este encuentro de experiencias comunes se vuelve una dimensión importante para la reproducción de nuestra memoria colectiva y de los relatos que dan sentido a nuestra vida y nutren nuestras luchas (Federici, 2020); y nos permite reconocer que solo podemos tener voz propia en medio de una trama colaborativa, cooperativa, de sostén recíproco, porque nuestra autonomía es interdependiente, estamos para nosotras y nos tejemos valorando y aprendiendo de las palabras que otras mujeres nos han heredado (Gago y Gutiérrez, 2018).

Este relato entonces, con sus tres momentos: Reconocimiento, Movimiento y Habitar un nuevo lugar, se vuelve una madeja de certezas que en tiempos convulsos es refugio y respaldo: donde aprendemos a cultivar la palabra recuperada y nuestros procesos de construcción como mujeres libres; pero se vuelve también vertiente fértil de preguntas y nuevas búsquedas, que nos invitan a pensar en cómo seguir sosteniendo la rebelión, cómo seguir acompañando la emancipación, cómo seguir regando los desplazamientos que nos acarrearán a la creatividad, a la invención, al movimiento hacia otros planos y nos permiten sobreponernos al lugar en los que nos instala el dominador. Descubrimos que nuestras trayectorias encarnadas son otra forma de estar para nosotras, de ser honestas con nosotras mismas y de subvertir todas las modalidades de congelamiento de nuestra autonomía. Sigamos construyendo caminos de emancipación, inventemos nuevas tecnologías de subversión.



*“Soy Ligia, lesbiana sureña, vivo en Temuko-Wallmapu. Aprendiz de las plantas por genealogía y amor. Mi tuwun (lugar de origen) es Angol-Wallmapu, ahí nací y viví mis primeros años junto a mi familia. Nos fuimos al norte a mis 6 años, crecí en Alto Hospicio, región de Tarapaká. Hace tres años retorné a este territorio en búsquedas desde las muchas pistas que esta mapu me entrega sobre mi historia. La foto es el patio de mi casa, en ella sale Moma, perrita compañera con quien camino hace 12 años desde que dejé Alto Hospicio.”*

*“Mi nombre es Belén. Nací en campo del Maule Sur. Crecí entre hilos y telas, hoy me contienen y me sorprende observando como contienen a otras, viví en muchos lugares, pero hace tres meses volví a mi territorio-cuerpo-tierra junto al Tilo, mi gato. Me gusta el movimiento, andar liviana y flexible. cuando me muevo me siento libre.”*



### **Referencias:**

- Braidotti, Rossi (2005) Hacia una teoría materialista del devenir.
- Dowling, Colette (2014) El Complejo de la Cenicienta. Editorial de Bolsillo
- Federici, Silvia (2020) Reencantar el mundo. El Feminismo y la política de los comunes. Tinta Limón.
- Federici, Silvia (2018). La justicia social debe ir más allá de la noción de justicia neoliberal burguesa. En: Martínez, L. (2019) Feminismos a la Contra. Entre-vistas al Sur Global. La vorágine, editorial crítica.
- Gago, Verónica & Gutiérrez, Raquel (2018). Prólogo #estamosparanosotras. En: Lonzi, Carla (2018) Escupamos sobre Hegel y otros escritos.
- Mizrahi, Liliana (2003). Las mujeres y la culpa.
- Lorde, Audre (1984). La transformación del silencio en lenguaje y acción. En: Hermana Marginada (Sister Outsider), Ensayos y Conferencias. The Crossing Press/Feminist Series.
- Pisano, Margarita (1995) deseos de cambio...¿o el cambio de los deseos? Editorial Revolucionarias.
- Rivera Garretas, María-Milagros (2015). Entrevista con Candela Valle Blanco. Psicología en femenino. DUODA Estudios de la Diferencia Sexual / Estudios de la Diferencia Sexual.
- Rolnik, Suely (2019) Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente. Tinta Limón